

JERÓNIMO Y SUS OTRAS MANERAS DE SER CICERONIANO

JOSÉ CARLOS FERNÁNDEZ CORTE
Universidad de Salamanca
corte@usal.es

Trataré en primer lugar del sueño de Jerónimo, en segundo de su traducción de la Crónica de Eusebio y en tercero del *de Viris Illustribus*. Los compararé con el *Brutus* y algunas obras filosóficas ciceronianas para resaltar los rasgos comunes del primer autor de una historia literaria latina y del iniciador de la historiografía de la literatura cristiana en latín.

El SUEÑO

Cum ante annos plurimos domo, parentibus, sorore, cognatis, et quod his difficilius est, consuetudine lautioris cibi, propter coelorum me regna castrassem, et Hierosolimam militaturus pergerem, Bibliotheca, quam mihi Romae summo studio ac labore confeceram, carere non poteram. Itaque miser ego lecturus Tullium, ieiunabam. Post noctium crebras uigilias, post lacrimas, quas mihi praeteritorum recordatio peccatorum ex imis uisceribus eruebat, Plautus sumebatur in manibus. Si quando in memet reuersus, prophetam legere coepissem, sermo horrebat incultus; et quia lumen caecis oculis

non uidebam, non oculorum putabam culpam esse, sed solis. Dum ita me antiquus serpens illuderet, in media ferme quadragesima medullis infusa febris, corpus inuasit exhaustum et sine ulla requie –quod dictu quoque incredibile sit– sic infelicia membra depasta est, ut ossibus uix haererem. Interim parabantur exequiae, et uitalis animae calor, toto frigente iam corpore, in solo tantum tepente pectusculo palpitabat, cum subito raptus in spiritu, ad tribunal iudicis pertrahor, ubi tantum luminis, et tantum erat ex circumstantium claritate fulgoris, ut proiectus in terram, sursum aspicere non auderem. Interrogatus condicionem, Christianum me esse respondi. Et ille qui residebat: “mentiris”, ait, “Ciceronianus es, non Christianus”: *ubi thesaurus tuus, ibi et cor tuum*. Illico obmutui, et inter uerba –nam caedi me iusserat– conscientiae magis igne torquebar, illum mecum uersiculum reputans: *In inferno autem quis confitebitur tibi?* Clamare tamen coepi, et eiulans dicere: *Miserere mei, Domine, miserere mei*. Haec uox inter flagella resonabat. Tandem ad praesidentis genua prouoluti qui adstiterant, precabantur, ut ueniam tribueret adolescentiae, et errori locum poenitentiae commo- daret, exacturus deinde cruciatum, si gentilium litterarum libros aliquando legissem. Ego qui tanto constrictus articulo, uellem etiam maiora promittere, deurare coepi, et nomen eius obtestans, dicere, “Domine, si unquam habuero codices saeculares, si legero, te negaui”. In haec sacramenti uerba dimissus, reuertor ad superos; et mirantibus cunctis, oculos aperto tanto lacrimarum imbre perfusos, ut etiam, incredulis fidem facerem ex dolore. Nec uero sopor ille fuerat, aut uana somnia, quibus saepe deludimur. Teste est tribunal illud, ante quod iacui, iudicium teste est, quod timui –ita mihi nunquam contingat in talem incidere quaestionem!– liuentes habuisse me scapulas, plagas sensisse post somnum, et tanto dehinc studio diuina legisse, quanto non ante mortalia legeram (S. Jerónimo, *Epistolario, I*, Juan Bautista Valero (ed.), *Ad Eustoquium*, Epistula 22, 30, Madrid 1993, 242-244¹).

El célebre sueño de Jerónimo ha sido sometido, como todo sueño, a un notable trabajo de elaboración. Pero no está entre mis objetivos aplicarle un análisis de tipo freudiano.

¹ El texto de la colección Budé, *S. Jérôme, Lettres*, tome I, par Jérôme Labourt, Paris 1949, ofrece el mismo texto salvo en el caso de las citas bíblicas, donde adopta otra convención editorial.

Son sus puntos fundamentales. La gran calidad literaria que despliega es digna del autor al que parece renunciar. No se trata sólo de la perfecta gradación con que transcurre la escena, sino de la forma con que se dispone su clímax, en estilo directo, con una frase memorable. El sentido pregnante del breve *dictum* del juez, que por su profundidad interpretativa resume, no ya las inquietudes y angustias de la biografía de un personaje concreto, sino también de una cultura entera, justifica el largo debate que han mantenido los que defienden que se trata de una experiencia real, de un sueño real, o los que creen que se trata de un sueño inventado². Me sumo a los que piensan en las consecuencias, no en la génesis, y me complace sugerir, en línea con el título de este estudio, que el brillante estilo literario coloca a Jerónimo en la estela de Cicerón, y que la forma de *recusatio*, esa manifestación del inconsciente por la que hacemos de todos modos lo que conscientemente negamos, hace el párrafo digno de Virgilio.

De modo más específico. Si los antecedentes son ciceronianos y la *recusatio* es básicamente virgiliana, no podemos pasar por alto que en la *recusatio* fundacional de la cultura romana es el dios Cintio, Apolo, el que le tira de las orejas a Virgilio para que cambie de rumbo literario³. Ahora bien, ¿era un cambio de rumbo literario el que se le aconseja/recrimina/ordena a Jerónimo en su sueño? Si nos fijamos en la acusación, notaremos en seguida que *ciceronianus* y *christianus* son adjetivos de distinto rango semántico y, al oponerse, están en principio desequilibrados. A *ciceronianus* debería oponerse un adjetivo como *virgilianus*, *horatianus*, etc., que indique opciones estilísticas o de estética literaria⁴, de modos o tipos de

² M. H. Williams, *The Monk and the Book*, Chicago 2006, 26-27, se inclina por el sueño como ficción y concede que como máximo es una elaboración literaria de un incidente que no era tan aterradorante como parece más tarde. En nota 6, p. 27, resume el largo debate sobre el sueño, hablando de un elenco de ocho autores hasta 1959. La mayor parte de esos autores, así como muchos estudiosos recientes, aceptan el sueño como realidad histórica, pero no hay consenso sobre la fecha precisa y el contexto. "Contrary to the standard view, de Labriolle persuasively suggests that the dream was a self-serving fiction, invented for use in letter 22".

³ V. Buc, 6, 3-5. H. Hagendahl, *Latin Fathers and the classics*, Göteborg 1958, 276 ss., y 413-415, no incluye este pasaje en su impresionante enumeración de las deudas de Jerónimo con Virgilio. La razón es metodológica, y denuncia en cierto modo las limitaciones de su estudio. Nosotros hablamos de la influencia de un género –o subgénero–, la *recusatio*, que se manifiesta a través de un texto, no de textos retomados por otros textos.

⁴ J. J. Thierry, "The date of the Dream of Jerome" *Vigiliae Christianae* 17 (1963), 34: "To my mind, however, the word *Ciceronianus* summarizes the whole of profane literature".

eloquentia, para hablar como los antiguos, mientras que *christianus* indica una opción de vida, una secta, comparable a las filosóficas, o de una exigencia aún mucho mayor, pues lleva consigo renunciaciones más grandes. Por otro lado, a nadie se le escapa que *ciceronianus* está usado aquí como una antonomasia, eligiendo entre los escritores de una determinada opción vital o creencia a aquel que los representa por excelencia. Se subraya⁵, con razón, que al fundar una literatura en la verdad revelada y su exégesis, Jerónimo condena al resto de los escritos que no pertenecen a esa literatura a la condición de mentira y de falsedad rebajándolos automáticamente de rango. Los cristianos, precisamente por la época de la carta a Eustoquio⁶, inventan el término pagano, para referirse a escritos, a modos de vida, a instituciones culturales que sus propios usuarios nunca calificarían en términos de pertenencia a una religión. Pero Jerónimo no usa el término en su carta. Cicerón es para Jerónimo el representante de lo que llamará en su *de Viris Illustribus litterae gentiles* o *saeculares* como opuestas a las *litterae diuinae*.

La literatura cristiana introduce con gran frecuencia, desde la célebre caída del caballo de Pablo de Tarso, narraciones de conversión o de súbitas iluminaciones por las cuales alguien deja todo lo que trae entre manos y cambia radicalmente de vida, convirtiéndose, o, en casos como este, reconvirtiéndose. Estas ansiedades o angustias dominaban a los hombres del siglo IV que estaban en discusión constante acerca de las cosas que tenían que abandonar para llevar la mejor vida cristiana. Se supone que el ascetismo, con todos los rechazos que comportaba, también podía implicar la renuncia a la sensualidad de las letras paganas, consideradas casi como placer sensorial equiparable a los buenos alimentos o al goce de la carne: nótese cómo al comienzo del sueño se relacionan la comida abundante y la literatura entre los placeres a los que debe renunciar Jerónimo. Estas connotaciones también se reúnen en el término *ciceronianus* que, al crecer en sugerencias y significados, tanto más denota la profundidad de la elaboración, inconsciente o literaria,

⁵ M. Vessey, "From *cursus* to *ductus*: Figures of Writing in Western Late Antiquity (Augustine, Jerome, Cassiodorus, Bede)", en P. Cheney, F. A., de Armas (eds.), *European Literary Careers, The Author from Antiquity to Renaissance*, Toronto (University of Toronto Press) 2004, 56.

⁶ No entramos en la *uexata quaestio* de la datación del sueño, porque sería admitir su realidad. La carta a Eustoquio, según Hale, *op. cit.*, data del año 384.

poco importa, a la que ha sido sometido. Jerónimo era un gran exégeta y el dominio de las profecías o de los sueños proféticos, tan presentes en los libros bíblicos que por entonces traducía y comentaba, constituía su trabajo. Cicerón, en *de Divinatione*, introduce un fragmento de su célebre poema épico, *de Consulatu suo*⁷, donde a él, un cónsul, se le presenta para exhortarlo la ninfa Calíope, con unas palabras que son el resumen de toda una vida, pero con una defensa, también, de la vigencia de los sueños, como señales de la divinidad, para la vida de los hombres. En el mismo poema, según sus detractores⁸, Cicerón es llevado a presencia de Júpiter nada menos, con lo que ambos antecedentes no parecen despreciables como contextualización de un pasaje en el que se tacha a Jerónimo de *ciceronianus*. Así las cosas no hay que extrañarse de la extraordinaria potencia interpretativa de una sola frase y de las circunstancias que la rodean cuando contemplamos la vida de su autor, su formación literaria pagana y cristiana y su viva participación en los debates de su época.

Quisiera resaltar su condición de biografema. El concepto procede de R. Barthes⁹. Hay frases que prenden en la imaginación, como una de Cicerón, forjada también para resumir las inquietudes de una vida y de una época: *cedant arma togae, concedat laurea laudi*. Los biografemas son dichos o escritos que interesan a la vida del autor, por lo general dotados de cierta carga de simbolismo, que, leídos por otros lectores, pueden ser sometidos a una interpretación irónica, retorcidos y arrebatados, por así decirlo, de las manos del autor que les dio a luz. Se prestan como ningún otro a la polémica, precisamente por su ambición y la amplitud de significado que encierran. Rufino, en su conocida polémica contra Jerónimo, vuelve contra él su propia frase, tachándolo de incoherente por no

⁷ Los fragmentos de poesía de Cicerón pueden consultarse en J. Soubiran, *Ciceron, Aratea, Fragments Poétiques*, Paris (Les Belles Lettres) 2002. En concreto los del *de Consulatu suo* están en pp. 240-246.

⁸ Procedente de la anónima *Inuectiua in Ciceronem*. Soubiran, *op. cit.*, 247 incluye una noticia donde se ridiculiza la presencia de Cicerón ante Júpiter en un *concilium deorum*. Soubiran incluye este fragmento en *De suis Temporibus*. E. Courtney, *The fragmentary latin poets*, Oxford 1993, *ad loc.* piensa que este poema jamás fue puesto en circulación.

⁹ R. Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, Paris 1971, 12-13; R. Barthes, *Roland Barthes par Roland Barthes*, Paris 1978, 120. Cf. también, J. C. Fernández Corte, "Operis subsiciuis. Dos apuntes sobre la carrera literaria de Cicerón", en J. M. Baños et al. (eds.), *Philologia, Universitas, Vita. Trabajos en honor de Tomás González Rolán*, Madrid 2014, 303-310.

respetar su juramento de no volver a las letras paganas, y este se ve forzado a comprender que las autocríticas, en manos ajenas, suelen tratarnos con menos benevolencia que nosotros mismos, porque nos contemplan con menos simpatía. De ahí la necesidad de restablecer el aspecto positivo que encierran. Son frases, también, inseparables de la coyuntura y del contexto que, precisamente por su carácter memorable, se prestan a ser sacadas de él. Su carácter de iluminación y de visión, su establecimiento de dos vidas, una pasada a la que se renuncia, y una futura que se abre súbitamente, las hace muy apropiadas para servir como lemas bifrontes y susceptibles de ser blandidas en una dirección o en otra. Según Lipking¹⁰, las vidas de poetas y de grandes literatos suelen contener también estas escenas de iluminación y renuncia donde pasado y futuro se presentan como un todo, un pasado al que se dice adiós, una estética y una ética que ya no sirven y un futuro que cobra sentido precisamente como abominación de ese pasado. Queremos decir que, a la manera de las *recusationes*, lo nuevo sólo tiene sentido en relación con lo antiguo. A veces lo que se contrapone no son sólo estéticas, sino culturas, lenguas o literaturas completas. La frase de Jerónimo es tan poderosa que supo condensar toda su vida literaria y de creyente a caballo de dos culturas y dos literaturas. Lo bueno que tiene no es su contenido, que ya sabía Orígenes, un gramático que renuncia a su biblioteca y conocimientos, ni que se adapte bien a Jerónimo y al curso entero de su vida, sino su brevedad, que sirve para explicar tanto su onirismo, en el caso de que fuera real o, si no, un trabajo literario, que desde luego tiene algo también de inconsciente, en cuanto profundamente creativo, y también ejercita conscientemente y a fondo todas las galas de la retórica.

Nótese que el hecho de dramatizar tan agudamente su ruptura con las letras paganas en estas narraciones de conversión es interpretado, desde el ángulo de las carreras literarias, como una búsqueda de estatus y *auctoritas* como escritor, que sólo se podría conseguir con el patronazgo y las ayudas de los cristianos ricos. Esa es la opinión de Vessey¹¹. Hay un mundo por delante en el campo literario de la literatura cristiana, en el que ciertos puestos, aún por ocupar, confieren recompensas de poder espiritual y renombre.

¹⁰ Cf. Vessey, *op. cit.*, 53; L. Lipking, *The life of the Poet*, Chicago and London 1981, 3-11.

¹¹ Vessey, *op. cit.*, 54.

Jerónimo, a diferencia de S. Agustín, fuera de la carrera eclesiástica ortodoxa, busca su lugar entre el ascetismo y una actividad intelectual agotadora, que para consumarse, necesita el apoyo de ricos patronos que le proporcionen los abundantes medios materiales que dicha actividad requiere. La ruptura elocuente con el paganismo, vista desde el campo literario, es una toma de posición a favor de la literatura cristiana que él se encargará a la vez de construir mediante sus traducciones y trabajo exegético y mediante su contribución a su historiografía, prolongando a la vez la *Crónica* de Eusebio, donde todavía no hay ruptura entre literaturas¹², y la escritura del *De Viris Illustribus*, donde bajo la apariencia de ruptura total, sin embargo aún es “inevitablemente” ciceroniano.

BRUTUS Y EL DE VIRIS ILLUSTRIBUS

El *De Viris Illustribus* tiene por guías a Suetonio y otros escritores como Santra o Nepote en latín, y al *Brutus* de Cicerón por su aspecto de catálogo. Así al menos lo reconoce su autor en el prólogo. Pero la obra de Suetonio dividía por profesiones a los autores y también por géneros literarios, mientras que la de Jerónimo procede por orden meramente cronológico, borrando las distinciones tan caras a la cultura grecorromana¹³. En la recepción de la obra se produce una polémica sobre el título, pues, según la correspondencia entre Jerónimo y Agustín, se sabe que hay quien la denomina *Epitafios*. Jerónimo defiende el título que conocemos, añade que los epitafios son propios de personas muertas, no vivas, mientras que él ha seguido el ejemplo de Nepote a la hora de titular. Sin embargo, algo hay que no encaja. Añade que podría dársele un segundo título, *Escritores Eclesiásticos*¹⁴, que en nuestra opinión sería mucho más adecuado al contenido del libro. El que se dé esta fluctuación en el título y en el prólogo y el que se propongan como modelos obras ciertamente diferentes, no hace sino mostrar el carácter

¹² B. Jeanjean, B. Lançon, *Saint Jérôme, Chronique. Continuation de la Chronique d'Eusèbe, années 326-378*, Rennes 2004, 20, donde se sostiene que ambas *Crónicas* son crónicas sagradas, no profanas. Importa subrayar esto a la vista de la distinción que establece Jerónimo más tarde en el *De Viris Illustribus*.

¹³ Vessey, *op. cit.*, 56.

¹⁴ S. Jerónimo, *Epistolario*, I... *Ad Agustinum*, 112, 3.

pionero de la obra de Jerónimo, que compone una historia de escritos en varias lenguas, –con lo que no es la lengua el criterio para definir una literatura–, basada en una historia eclesiástica previa, la de Eusebio, que incluía múltiples composiciones sólo orales. No era fácil titular la primera historia de escritores eclesiásticos escrita en latín.

Vessey, que ha mostrado con toda claridad su diferencia con respecto a Suetonio, sin embargo apenas ha reparado en la mención por Jerónimo del *Brutus* de Cicerón. Se trata de la primera historia de la oratoria escrita en latín organizada –esto es lo importante– según criterios cronológicos. Esta historia privilegia a los oradores que han dejado textos escritos, pero toma en consideración discursos orales abundantes, como hace Jerónimo, sin que se pueda decir que desdeñe los escritos en griego, por lo que, propiamente, habla de la oratoria en dos lenguas¹⁵. Jerónimo, por su parte, incluye en su historia escritos en griego, latín, siríaco, etc., y, lo que es más importante, entre la relación de escritores y exégetas, se incluye a sí mismo como autor, si bien, a estas alturas de su vida, no puede darnos una relación de sus obras completas. Esto requiere otra explicación, basada en la carrera literaria de su autor que haremos más adelante.

La obra de Cicerón estaba basada, como él mismo indica en el *Brutus*, en un trabajo de cronografía realizado por Ático, el *liber Annalis*, que se inscribía en una tradición reciente de la cultura romana en la que trabajó Nepote el primero, la costumbre de escribir crónicas. Feeney defiende la posibilidad de que la crónica mostrara en dos columnas –*explicatis ordinibus*– la historia griega y la historia romana, y que, por supuesto, en medio de los acontecimientos históricos, se dieran también noticias del nacimiento de escritores y otros eventos culturales notables¹⁶. El hecho de que Nepote por

¹⁵ J. C. Fernández Corte, S. González Marín, “Escritura e Historia Literaria en el *Brutus*”, *Emerita* 81/1 (2013), 1-29.

¹⁶ D. Feeney, *Caesar's Calendar, Ancient Time and the Beginnings of History*, Berkeley-Los Angeles 2007, 28, nos transmite y analiza el pasaje del *Brutus* en el cual Cicerón saluda la aparición del libro de Ático y su novedad, *ut explicatis ordinibus uno in conspectu omnia uiderem*. En su opinión Ático dispuso su libro en columnas, con los acontecimientos políticos y culturales de Grecia de un lado y los romanos de otro. Lo fundamenta en una interpretación metafórica de *explicatis ordinibus*, desplegadas las filas y columnas. Él mismo reconoce que puede ser una conjetura audaz, pero buena, para explicar la novedad que siente Cicerón ante el libro de Ático.

ejemplo, fuera autor primero de una Crónica y después de un *De Viris Illustribus* o el que el *Liber Annalis* de Ático diera pie al *Brutus*, una historia literaria organizada en torno a la oratoria, nos ofrece jugosos paralelismos con el trabajo que el propio Jerónimo realizó.

Por ejemplo, en torno al 383 Jerónimo fue traductor del *Chronicon* de Eusebio de Cesárea, del que apenas nos restan unos breves fragmentos, y al que añadió, por su cuenta, una relación de los sucesos acontecidos desde el 322, en que termina aquel, hasta el 378 d.C., según nuestro cómputo. El libro de Eusebio, traducido por Jerónimo¹⁷, era de una gran complejidad tecnológica, y por ello raro, costosísimo de escribir y de adquirir. Jerónimo parece que preservó fielmente el diseño innovador de Eusebio¹⁸: el código estaba dividido en columnas en las que se mezclaban cifras y texto, las cifras se referían al menos a tres sistemas cronológicos: el bíblico, a partir de Abraham, en el que el tiempo se distinguía en grupos de 10 años; el griego, organizado por reinos y después por Olimpiadas; el macedonio y el romano, cuando llega, organizado por cónsules y luego por Emperadores. Las varias columnas terminan por confluir en una única, la del Imperio romano, donde el tiempo se discrimina según los años de los Emperadores. Eusebio hace su diseño innovador para realizar sincronismos entre los acontecimientos bíblicos, asirios, o del mundo griego, macedonio o romano. No sólo incluye noticias políticas sino también fundaciones de templos, noticias religiosas, nacimientos de profetas, oradores, filósofos o escritores. Jerónimo, continuando su diseño, nos advierte de que Eusebio tenía en cuenta sólo al público griego y se mostraba escaso en noticias acerca de Roma y la cultura romana, por lo que él ha añadido de su propia cosecha, de tal manera que, incluso la *Crónica* tradu-

¹⁷ Hale Williams, *op. cit.*, 167-200, y *passim* considera el libro antiguo según su materialidad. El libro antiguo en tanto que objeto no se limita al material en que estaba escrito, papiro o pergamino, ni a la forma que adoptaba, rollo o código, sino también y, sobre todo, al tamaño, a la disposición o no en columnas de la escritura, a los distintos alfabetos y lenguas que podían coexistir sinópticamente en la misma página. Naturalmente a mayor complejidad, trabajo más caro y menor número de ejemplares. Enfocado desde esta perspectiva, cara al materialismo cultural, se puede considerar que las características físicas del ejemplar en el que se contenía la crónica de Eusebio hacían de este libro un objeto extraordinario, raro y costosísimo de adquirir.

¹⁸ Feeney, *op. cit.*, 29, añade que Jerónimo “preserved the columnar layout very faithfully, and his work enables us to appreciate the extraordinary innovation in design represented by Eusebius’s parallel time lines”.

cida, presenta estas interpolaciones de tema romano¹⁹. El autor, y no sólo traductor, añade que, tomando en consideración a Suetonio y otros, incluyó en la primitiva crónica de Eusebio noticias acerca de escritores latinos: Lucrecio, Catulo, Cinna, por ejemplo. Resulta tentadora la afirmación de Vessey²⁰ de que Jerónimo, ya por ese tiempo, se estaba preparando una carrera de escritor, por lo que su afición por las vidas de escritores paganos no hacía sino confirmar sus inclinaciones. Pero es un hecho, no una suposición verosímil, que gracias a su afición por las crónicas y las biografías literarias nos dio noticias que, sin su ayuda, jamás hubiéramos poseído. Catulo, por ejemplo. Se ha conjeturado, con toda verosimilitud²¹, que la dedicatoria del libro de Catulo a Nepote y su alusión a la docta *Chronica* de su paisano, así como a su aprecio por sus *nugae*, era una respuesta al hecho de que Nepote incluyó en su *Chronica* algo parecido a la noticias con que nos encontramos en el propio Jerónimo en su ampliación de Eusebio: *C. Valerius Catullus, scriptor lyricus, Veronae nascitur*²².

El *Chronicon* de Jerónimo, con sus cuidadosos sincronismos y sus complejos cálculos cronológicos, le fue de gran ayuda para sus estudios bíblicos, por ejemplo los comentarios a las profecías de Daniel, sobre la sucesión de Imperios y las célebres setenta semanas de años. A su vez, esa gran habilidad para manejarse en la disposición cronológica y esa atención a las vidas de escritores la volvemos a encontrar en el *De Viris Illustribus*, en el que se aprecia la influencia del *Chronicon*, de los autores de *Vidas de hombres ilustres* de diversos tipos²³ y del *Brutus* de Cicerón, monotemático, dedicado a una sola profesión, la oratoria, pero que también atiende a los tiempos de historiadores, como Catón, y poetas, como Andronico, Nevio y Ennio.

¹⁹ Jeanjean, Lançon, *op. cit.*, 60, *Praefatio*, basado en la edición de R. Helm, p. 7.

²⁰ Vessey, *op. cit.*, 54.

²¹ G. P. Goold, *Catullus*, London 1983², 236.

²² La cifra añade que en el año 427 según los cómputos de los cónsules romanos, es decir, en el año 87 a. C., según nuestro cómputo actual. Dicha fecha de nacimiento hoy en día no se acepta, conjeturándose que Jerónimo o sus fuentes pudieron confundir el primero I y el cuarto IIII consulado de Cinna.

²³ Jeanjean, Lançon, *op. cit.*, Introduction, 28, "Las veinte noticias que comprenden la vida intelectual constituyen un tema secundario..., pero no dejan de llevar los gérmenes de la historia de la literatura cristiana que Jerónimo realizará una decena de años más tarde componiendo su *De Viris Illustribus*".

Resumamos. El *Chronicon* le sirvió para introducirse en los cálculos numéricos, los escritores y hombres ilustres, el manejo de los diversos ámbitos geográficos, todo lo cual le fue de gran utilidad a la hora de redactar su *De Viris Illustribus*, el primer compendio de literatura cristiana. Esta relación entre una *Crónica* y un libro donde se organizan los escritores de un solo tema exclusivamente por orden cronológico es semejante a la que se produce entre los escritos cronográficos de Ático, recogido en el *liber Annalis*, posiblemente organizado también en columnas, y el *Brutus* de Cicerón, que, sin el *liber Annalis*, según confesión del propio Cicerón, quizás nunca hubiera sido escrito. De esta manera la primera historia literaria escrita en latín, con su apoyo en cómputos cronológicos, guarda un paralelismo indudable con la primera historia literaria cristiana, organizada a su vez cronológicamente y basada en la experiencia previa de un autor que había traducido y escrito una continuación de una crónica. Cicerón coloca su carrera como orador en el *Brutus* en la parte más significativa de su obra, al final, como culminación de la historia de la oratoria romana. El mismo Cicerón en el prefacio al libro II de su obra *de Diuinatione*, en una especie de reflexión póstuma de un escritor con respecto a sus obras completas, incluye una relación de todos sus escritos filosóficos²⁴. La condición clientelar de Jerónimo, el que dependa de su escritura para vivir a expensas de otros, explica sus procedimientos de autoglorificación, primero dándole a las letras y los literatos, paganos y cristianos, una posición en la historia general, y luego dándose a sí mismo una posición en la historia de los escritores cristianos. Esta manera de enumerar sus obras en orden más o menos cronológico es la misma que utiliza Cicerón cuando compone el catálogo de sus escritos filosóficos. En realidad Cicerón realiza dos movimientos complementarios: el general del *Brutus* y el particular del *De Diuinatione*. Pero Jerónimo aúna los dos en su *de Viris Illustribus*.

²⁴ Vessey, *op. cit.*, 51 señala que al final de su carrera San Agustín hace una relación de todos sus escritos, añadiendo que "Esta invención autobiográfica no tiene ningún precedente próximo o analogía evidente alguna en la Literatura Latina". Nuestra tesis muestra que Jerónimo se inspiró en Cicerón para hacer lo mismo.

RESUMEN

San Jerónimo fue llamado “Ciceronianus” en un famoso sueño. Este artículo examina su “ciceronianismo” desde la perspectiva de los estudios de cronografía. Su traducción de la *Crónica* de Eusebio, un trabajo de una gran complejidad cronológica, supuso un fuerte apoyo para su libro *de Viris Illustribus*, que era la primera historia de la literatura cristiana escrita en latín. La relación entre los estudios cronográficos de S. Jerónimo y su invención de una nueva forma de historia literaria parece muy similar a la que existe entre los trabajos cronográficos de Ático en el *liber Annalis* y el *Brutus* de Cicerón, la primera historia literaria latina ordenada cronológicamente.

SUMMARY

Jerome was called “Ciceronianus” in a famous dream. This paper examines his “Ciceronianism” from the perspective of chronographic studies. His translation of the *Chronicle* of Eusebius, a work of great chronological complexity, provided major support for his book *de Viris Illustribus*, which was the first history of Christian literature written in Latin. The relationship between Jerome’s chronographic studies and his invention of a new form of literary history seems very similar to that to be found between the chronographic works of Atticus in the *liber Annalis* and Cicero’s *Brutus*, the first Latin literary history arranged in chronological order.